



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS POETAS
GASPAR NÚÑEZ DE ARCE



Lit. de Bravo, Descargado. 14 y Carbon. 7. Madrid.

Enérgico, viril, de nervio y vena,
y correcto y profundo,
su justa fama llena
los ámbitos del mundo

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Lo que no pueden decir, por Eduardo Bustillo.—Armonía médica por *Diego Lema*.—Fabulitas, por José Extremera.—Los primeros síntomas, por Eduardo de Palacio.—Desquite, por Sinesio Delgado.—En la portería, por Fiacro Yráyoz.—Naturalismo crudo y otros excesos, por Constantino Gil.—¡Basta!, por José de Diego.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Gaspar Núñez de Arce, por *Mecachis*.—A lo que juegan los niños, por Apeles Mestres.—A lo que juegan los grandes, por *Mecachis*.—En la playa, por Moya.



Aunque parece que todo ha concluído, no conviene echarse á dormir en punto á precauciones.

Averiguada la existencia de la hidra y de los planes tenebrosos, estamos expuestos á salir de casa cualquier día y encontrarnos con que la calle está llena de despojos de transeunte pacífico.

Bien tranquilos salieron el sábado los jóvenes esposos Avelina y Teodorico. Se habían casado aquel día en San Millán, y después de obsequiar á sus amigos con un *lunch* hecho en casa, dirigíanse en unión de los padrinos al café Habanero, en pos de cuatro cubiertos de á dos pesetas; pero al llegar á la Puerta del Sol, Avelina se halló entre los brazos de un agente, que al verla vestida de negro, la había confundido con un sacerdote tumultuario. En aquel momento el novio caía en poder de la autoridad, en clase de joven sedicioso, porque era mal encarado de suyo; y al padrino, le atizaban dos palos en los riñones, que á poco más se los saltean para siempre. De la madrina no se ha vuelto á saber hasta el domingo, que fué encontrada en el Ministerio de la Gobernación, dentro de una taquilla.

Teodorico quiso convencer á los guardias de que era inocente y puro; pero sólo consiguió exasperarlos más y más.

—¡No me cojan VV. de la levita, que la estreno hoy!—gritaba furioso.—¡No creo que nadie tenga derecho á estropear las prendas de uso personal!

—Yo estropeo á Cristo padre, si se me antoja. ¿Está usted? porque para eso soy *autoridad* mayormente—contestaba un cabo.

La joven esposa, que había conseguido deshacer el error, obtuvo al fin la libertad, no sin ser antes convenientemente registrada por una vendedora de cerillas que hacía de matrona en representación del poder gubernativo.

—¿Han visto VV. un joven, guapito él, con guantes lila y un lunar en el seno, que responde por Teodorico?—preguntaba Avelina á las autoridades chicas, que discurrían por las inmediaciones del pilón.

Por toda respuesta, las autoridades disolvieron á Avelina y á un chico extremeño, que pasaba á la sazón con un paquete de chorizos en la mano.

—¡Alto!—le dijo uno de la ronda.—Enseñe V. eso.

—¿Cuál?

—Eso del paquete.

El joven sacó los chorizos.

—¡Son petardos!—exclamó el de la ronda.

—No, señor, son embutidos.

—¿A ver?...

Y se comió un par de ellos, para apoderarse á su gusto de los hilos de la conspiración, y ver si por este medio descubría algo sustancioso.

Aquella noche, Teodorico tuvo por lecho nupcial los sótanos del Gobierno civil, donde se acostó al lado de un albañil revolucionario, que según la autorizada opinión de un agente, debía tener la blusa llena de cartas de Ruiz Zorrilla.

—¡Dios poderoso!—exclamaba Teodorico ocultando la cabeza en el pecho del albañil.—¿Qué habrá sido de Avelina?

—Puede que *haiga* caído en poder de la soldadesca,—contestaba el obrero.

—¡Qué horror! ¡Ella, que no puede ver al ejército!...

—¿Es demagoga?

—No, señor, es pupilera con mucha desgracia. El año pasado, por este tiempo, se fué sin pagarle un capellán de cazadores que tenía en el gabinete.

Avelina y Teodorico han logrado encontrarse al fin, para que no los desuna ya más que la muerte. Pero, es lo que dice él:

—¡Caramba! Bien podía el Gobierno anunciar las noticias con la oportuna anticipación, para que no se casara uno. No puede V. figurarse qué efecto produce en un alma impresionable esto de abrir los ojos al día siguiente de la boda y encontrarse, como quien dice, en brazos de un albañil.

¡Oh, las revoluciones! ¡Cómo trastornan los fundamentos todos en que se asienta el humano linaje!

Impresionada la sociedad que nos rodea con los sucesos de las calles; el rasgo generoso de los Ministros que han ido á suspender el cólera de Murcia; los futuros bandos de Bosch y Fustigueras, y la carestía de las patatas, han sido pocos los Juanes que se decidieron á celebrar el día de su Santo.

No ha habido, pues, las acostumbradas giras campesines, ni los refrescos, ni las tertulias con su poquito de ambigú, ni las meriendas extramuros; de suerte, que los jóvenes aficionados á las comidas, acudieron á las casas donde solían obtener productos alimenticios, y vieron con dolor que no había nada preparado.

—Ustedes dispensarán—decía la esposa de uno de nuestros primeros Juanes,—pero este año no hacemos nada. Con eso del cólera y con lo que le pasó á éste la otra noche, hemos perdido el gusto.

—¿Pues qué le ha pasado á V., Sr. D. Juan?

—¿No sabe V. nada? Que me dieron un sablazo.

—¿De mucha cantidad?

—De unas catorce libras.

—¿Esterlinas?

—No; de guardia civil de caballería.

Algunas familias, para no quedar mal del todo con sus relaciones, han decidido obsequiarlas con pasteles y vino de Jerez; otras utilizaron el Cariñena y los bollos baratos, desde el polvorón hasta el bizcocho de canela.

—Vaya, D.^a Gertrudis; tome V. un bollo y una copita.

—¡Ay hija! Lo que es entre horas, ni oro molido que V. me dé.

—Esto no quita las ganas. ¡Qué demontre!

—Bueno; pues me llevaré este par de mantecadas, para que no crea V. que es desaire.

Sólo conozco una familia que ha tenido bastante valor para ir á comer más allá de la Puerta de Hierro; pero no contaba con los designios inescrutables de la Providencia, y se puso como una sopa. D.^a Juana, la *jefa* de la familia, que parece un botijo, estuvo á punto de perecer en un charco, y entre las niñas y el novio de una de ellas, tuvieron que retorcerla como si fuera una colcha de crochet recién lavada.

Para evitar consecuencias desagradables, D.^a Juana quiso cambiar de ropa; y á falta de otras prendas, propias de su sexo, un guarda de campo le facilitó unos pantalones y una zamarra, con los cuales entró en Madrid por el paseo de San Vicente, produciendo la natural sorpresa de los transeuntes que al principio creyeron ver en D.^a Juana al Conde de Toreno disfrazado de campesino.

Es esperada en la corte una embajada marroquí, que viene á darnos una satisfacción por el atentado de Alhucemas. Hasta aquí la noticia es grata, porque siempre gusta que le digan á uno cosas lisonjeras; pero los marroquíes traen de regalo diez caballos y diez camellos.

¡Diez camellos! Como si aquí no tuviéramos bastantes...

LUIS TABOADA.

LO QUE NO PUEDEN DECIR

Ordenan hombres metódicos,
y muy previsoramente,
que cuantos vendan periódicos
lo hagan silenciosamente.
Y la orden sabia bendicen
los vendedores quizás,
pues lo que venden no dicen,
pero venden mucho más.
Y así alegres van viviendo,
y ¿cómo no han de vivir,
si hoy viven tantos vendiendo
lo que no pueden decir?...

Entra un hombre en un café,
y mudo, bajo el embozo,
muestra un libro que se ve
con rubor, pero con gozo.
Y corre de mesa en mesa
el impudor despertando,
y con la muda sorpresa
va su librito cobrando.
Y aunque la moral entiende
que se debe prohibir,
vive el hombre porque vende
lo que no puede decir.

Pasa una dama graciosa
luciendo el airoso talle,
tan prendida y tan lujosa,
que estrecha encuentra la calle.
Y aunque se lo calla todo,
al cruzar de acera á acera
sabe sonreír de un modo
y mirar de tal manera,
que hasta el más tonto comprende
que el mirar y el sonreír
son pregones de que vende
lo que no puede decir.

Hay quien, de don Juan con fama,
de rufián con imprudencia,
cultivando de una dama
la vergonzosa influencia,
logra recoger por fruto
fortuna y notoriedad,
apesar de ser un bruto
de los de solemnidad.
Y aunque á la moral ofende,
¡cuántos quisieran vivir
como ese chulo que vende
lo que no puede decir!

Orador cuya prosodia
fué siempre de oposición,
si canta la palinodia
encanta á la situación;
y es el indudable origen
de su torpe inconsecuencia,
el tener *con los que rigen*
una larga conferencia.
Y que alcance no sorprende
en alto puesto á lucir,
que eso y más logra el que vende
lo que no puede decir.

Y, en fin, graciosos varones,
damas de rostro perfecto,
que ocupan sus posiciones
de un modo poco correcto,
y que, sin que yo les marque,
admirar habréis podido
á pie y en coche, en el Parque,
y junto al Angel caído,
la envidia están encendiendo
del que honrado da en vivir,
aunque ellos vivan vendiendo
lo que no pueden decir.

EDUARDO BUSTILLO.

ARMONÍA MÉDICA

Decid: ¿quién tiene razón?
¿Baselga ó Sastrón? Hablad:
y que sepa la nación
si entre Baselga y Sastrón
los cloruros son verdad
ó no son.

Baselga es un diputado
(yo no sé por qué distrito)
enemigo encarnizado
de ese sistema maldito
que ese Romero bendito
ha inventado.

Sastrón tiene mucho lastre,
y lo contrario sustenta
para evitar un desastre.
Mas la opinión se lamenta
al ver que no se contenta
con ser *Sastre*.

El señor de Camisón
pide la fumigación.
La opinión lo toma á risa;

porque dice la opinión
que no se contenta con
ser *Camisa*.

Calleja ha hablado también,
y aseguran más de cien
que lo contrario aconseja.
Y Calleja ha hablado bien
para que se sepa quién
es Calleja.

De manera que hay motivos
para no vivir seguros
con estos facultativos,
que no nos sacan de apuros
diciendo si son nocivos
los cloruros.

Pido que me hagan la gracia
de formar un grupo unido,
y que con toda eficacia
vaya el grupo decidido
á aprender en la farmacia
de Garrido.

DIEGO LEMA.

FABULITAS

I

LA GATA REMILGADA

Vióse una gata de Angola (1)
en un espejo un lunar
muy gracioso en el lugar
más oculto de la cola;

y aunque de muy remilgada
fama universal tenía,
siempre va desde aquel día
con la cola levantada.

II

LAS DISTINCIONES

Escribió un fabulista (2)
aquesta moraleja
que yo á la letra copio
y que me causa envidia por lo bella:

¡Cuántas veces los hombres
distinciones anhelan,
y suelen ser la causa
de sus desdichas ellas!

(1) La ciencia dice (según creo) que estos gatos son de Angora, pero el uso les ha cambiado la nacionalidad, y parecería pedantesco no seguirle.

(2) Samaniego.—Batalla de comadrijas y ratones.

*Si Júpiter dispara
sus rayos á la tierra,
antes que á las cabañas
á los palacios y á las torres llegan.*

Mas luego el para-rayos
cierto físico inventa;
se pone en los palacios y en las torres
y... ¡adiós la moraleja!

III

LOS CONSEJOS

Un zorro, conocedor
de la vida, por ser viejo,
adquirió fama envidiable
de excelente consejero.
Cuantos con él consultaban
quedaban muy satisfechos,
y no dejó ni uno sólo
de practicar sus preceptos.

—¿En qué consiste, amiguito—
le preguntó un compañero,—
que hacen todos lo que dices,
ya sea malo, ya sea bueno?
—Pues hacen lo que yo digo
porque pregunto primero
lo que desean hacer,
y eso les doy por consejo.

IV

LAS IDEAS Y LAS PALABRAS

La idea les sobrevino
á varios brutos de que era
una cosa muy grosera
llamar al cerdo «cochino.»
Y tomaron el acuerdo,
tras de discurrir bastante,

de que de allí en adelante
se le llamaría «cerdo.»
Y dijo un pollino:—Pues
si expresáis la misma idea,
sea su nombre cual sea
él siempre será quien es.

JOSÉ ESTREMERÁ.

LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

La higiene recomienda á las personas higiénicas varios cuidados y prevenciones en todas las épocas del año, pero particularmente en los cambios de estación.

Las precauciones no son suficientes para conservar la preciosa existencia.

Vivimos de milagro.

Si pensáramos en los peligros constantes que nos amenazan á diario y en todos los momentos de nuestra vida, moriríamos en la flor, vírgenes y mártires.

Afortunadamente, no nos acordamos de que somos ó *semos* (esto con arreglo á la gramática que usa cada cual) criaturas mortales.

Es decir, seres hasta cierto punto.

Nos olvidamos de la higiene, porque somos ingratos y *desinificantes*.

Como nos olvidamos del diccionario de la lengua.

Pues si no lo hiciéramos así, no podríamos escribir ni una carta al pueblo.

Pero no se debe jugar con la salud ni con la lengua castellana.

Es preciso prevenirse contra los peligros, estar siempre dispuestos para el último viaje.

El verano es la estación más temible, sin contar el invierno ni la primavera ni el otoño.

No hay precaución excesiva en este tiempo.

Apenas apuntan los calores, aparecen los primeros microbios, con arreglo al último figurín.

Las familias bien organizadas y los individuos sueltos que se estiman en algo, adoptan medidas sanitarias.

—Es preciso—dicta el padre general, ó sea el jefe de familia—fumigar á los niños tres veces por día, para evitar que se desarrolle la terrible epidemia, ó el feroz viajero del Ganges, ó el temible huésped, ó como quiera denominársele, porque tiene varios motes.

—Y desde mañana—añade la madre de familia—empezaremos á tomar el Leroy (vomitivo y purgante).

—Y luego que nos entren moscas—observa el niño primogénito.

Al amanecer, á toque de diana trashumante, ó sea de esquila de burras de leche, se levantan todos los miembros de la familia. Fumigación general.

La criada, la señora de la casa y el jefe, en trajes ligeros y fuelle en mano, se encierran en una habitación con los chicos al natural; es decir, en el traje más ligero que puede imaginarse.

Los padres y la doncella, ésta con cierto rubor y entornando los ojos para no ver todas las figuras, sino parte de ellas, fuelle en mano, se lanza sobre las víctimas.

Porque según disposición del jefe de la familia, se practica la fumigación con polvos insecticidas.

Cuando ya los chicos están suficientemente empolvados, y los pequeños rabian y los mayores se tiran á las tapias, se da por terminada la operación.

Se viste á los chicos y se les encierra en una habitación de tres varas en cuadro y á buena temperatura: 50 grados sobre cero.

Los chicos sudan.



1885

A LO QUE JUEGAN LOS NIÑOS



A LO QUE JUEGAN LOS GRANDES

Melacis

—Ya están libres por hoy de enfermedades contagiosas.
La madre fumiga al padre, el padre á la madre y aun si lo permitiera ésta, moralmente fumigaría á la doncella.

—Los alimentos han de ser flojos—recomienda el padre.

Esto es peor que las fumigaciones, particularmente para los chicos, que pasan el día bostezando y con ansia por comerle un beeftreak al aguador, que es un sujeto grande y pringoso, y á quien no permiten la entrada sino antes de amanecer para que no vicié la atmósfera con sus naturales aromas.

¿Paseos? Pocos y bien abrigados los chiquillos han de ir siempre, que es malísimo el aire colado.

¿Refrescos? *Zarzaparriba*, como la denomina la criada, y nada más.

Este sistema, sobre ser higiénico, según dicen los delincuentes, produce muy estimables economías en la familia.

Lo que peligrá con ese sistema es la paz del hogar.

Porque el mundo marcha, y puede suceder que se pronuncien los chicos.

EDUARDO DE PALACIO.

DESQUITE

I

«Madrid junio veintitrés.
No sabes, maldito yerno,
con la rabia que te escribo.
Y me alegraré que estés
muerto ó vivo en el infierno,
¡si fuera posible vivo!

¿Te parece á ti decente
que te vuelvas á acordar
ni del santo de mi nombre
después del modo imprudente
con que me fuiste á burlar?
¡Pues tendría gracia, hombre!

Yo á mi Isabel he tenido
prodigándola un derroche
de cariño paternal,
hasta que vino un perdido
y me la robó una noche
mientras me fuí al Oriental.

¿Que te has casado con ella?
¡Pues no faltaba otra cosa
más que escaparse el ladrón!
Pero á mí no me hace mella
esa solución honrosa,
y jamás daré el perdón.

Conque no te canses más
en pedirlo inútilmente,
porque estoy hecho una fiera
y ¡llévete Barrabás
por vil y por indecente,
suponiendo que te quiera!

Deseo, y Dios es testigo,

que se te nuble la estrella
y la desgracia os azote.
Así es como yo os castigo,
á ti por bruto y á ella
por tonta de capirote.»

II

«Jaén, veintiseis.—Me alegro
de su salud, y quisiera
encontrar una manera
decente, querido suegro,
para obtener su perdón,
perder mi plaza de ingrato
y calmar el arrebato
de su justa indignación.
Comprendo que hice muy mal
en robar á Isabelita,
y el matrimonio no quita
el defecto capital.

Por lo tanto, en lo que pueda
no quiero que desespere,
y en seguida, si usted quiere,
pago en la misma moneda.

Es decir, que puede así
quedar todo en lo que fué.
¿Yo se la he robado á usted?
¡Pues róbemela usted á mí!

Sea usted amable ¡por Dios!
y en cuestión de dos instantes
quedan las cosas como antes
¡y tan contentos los dos!

SINESIO DELGADO.

EN LA PORTERÍA

—¡Porteral!
—¿Llamaba usted?
—¿Doña Francisca Carnero?
—Sí, señor, en el tercero.
—¿Y está en casa?

—No lo sé.
—¿No sabe usted si ha salido?
—Yo la ví bajar deprisa
y me dijo que iba á misa,
pero no se lo he creído.
Después no la he vuelto á ver,
así es que no sé de fijo...

—¿Conque á misa?
—Eso me dijo,
¡pero vaya usted á saber!

—¿Admite huéspedes?
—Sí.
—¿Y qué tal como patrona?
porque ha habido una persona
que me recomienda aquí,
y yo quisiera saber...
no es una curiosidad...

—Pues mire usted, la verdad,
es una buena mujer.
Según dicen las vecinas
que viven frente por frente,
es viuda de un intendente
que falleció en Filipinas.
Todos dicen que es formal,
pero me han asegurado

que habla con el abogado
que vive en el principal.
—¿Algún soltero?
—¡Quiá, no!
Si es un casado.

—¡Demonio!
—Sí tal, es un matrimonio
que hace un año se casó,
y creo que arman cizaña
y siempre andan á la greña,
porque el marido se empeña
en que su esposa le engaña.
—¡Pues mire usted que es trabajo
vivir escamado! Pero,
¿sospecha?...

—Del peluquero
que vive en el cuarto bajo.
—¡Pues es una fruolera!
¿Y el peluquero?

—¡Bobadas!
¡Si anda siempre á bofetadas
con la pobre peluquera!

—Pero, ¿por qué?
—Poca cosa.

¡Por celos!
—Pues es chistoso.
—Sí, señor, si está celoso
con cierto amor de su esposa.
¡Ya ve usted si es compromiso!
¡Pues bien, dice un maldiciente

que ella habla con don Vicente,
el señor del cuarto piso.

—¡Vaya una desfachatez!

—Y no es eso lo peor,
sino que este buen señor
engaña á dos á la vez,
y lo sabe todo el mundo.

—¿Esas tenemos ahora?

—¿Y quién es la otra señora?

—La que vive en el segundo.

La mujer de un comandante

de no sé qué regimiento,

con un genio de sargento

que no hay dios que se lo aguante.

Yo he oído asegurar,

y eso dicen por ahí;

pero, francamente, á mí
no me gusta murmurar.

—Y ese muchacho grosero

que entraba há poco, ¿quién es?

—Pues ese chico es Andrés,

el hijo del peluquero.

Iba á hablar con la Teodora.

—¿Y quién es esa mujer?

—Mi chica, ¿quién ha de ser?

Toma, y se casan ahora.

—Pues, portera, la verdad,

á ser exacta esa cuenta,

llegará usted á ser parienta

de toda la vecindad.

FIACRO YRÁYZOZ.

NATURALISMO CRUDO

(CONCLUSIÓN)

Inmediatamente, y como movido por un resorte, Bocanegra se levantó, y de un salto se puso al lado de la mesilla.

Un sudor frío comenzó á brotar por todo mi cuerpo: comprendí que *todo aquello*, tan interesante para mí, tan imprescindible para mi vida, le había llamado la atención, y empezaba á excitar su apetito.

Mi primera intención fué alargar el brazo derecho y tirar del cordón de la campanilla; y la segunda, dar voces pidiendo socorro.

Pero recordé que no podía moverme, ni hablar, sin peligro de muerte.

Jamás situación dramática alguna ha sido tan terrible como la mía en aquel momento.

—Pero, tal vez—pensé,—Bocanegra se contentará con mirar el espectáculo que se presenta á sus ojos, y no tendré nada que temer de sus uñas, ni de sus dientes. Esperemos—me dije,—la Providencia velará por mi pobre vida.

Pero no fué así; Bocanegra se levantó lentamente sobre sus patas, y apoyando las manos en la puerta de la mesilla, alzó la redonda cabeza, y comenzó á olfatear con delicia.

Yo le contemplaba con espanto imposible de describir. ¡Nunca me había parecido tan grande, tan negro, ni tan horrible! Una vez ó dos abrió la ancha boca, fuertemente guarnecida de largos colmillos, y sacando una enorme lengua, encarnada y áspera como papel de lija, se limpió con ella la blanca dentadura, como el que se dispone y prepara á opíparo banquete.

Sentí, allá en el fondo de mi mermado y maltrecho individuo, que mis pobres huesos chocaban unos con otros ateridos de frío, y otra vez tuve intenciones de gritar pidiendo socorro. Pero también me contuve, pensando que mi primera palabra sería la última que pronunciase.

Escuché entonces con verdadera ansiedad, con toda mi alma, por decirlo así, para ver si algún ligero rumor me indicaba la vuelta de mis salvadores.

Pero nada; el silencio era completo, absoluto; silencio de muerte. Sólo se oía mi respiración angustiada y el chasquido de la lengua de Bocanegra.

¡Ay! El dichoso doctor y mis parientes, no acababan nunca de preparar aquella salutífera lejía que me iba á dar la vida; y yo, sin que ellos lo supieran, la tenía pendiente del apetito de un gato que me debía tantos favores... ¡Fíese V., después de esto, de los amigos!

Así trascurrió un minuto, que á mí me pareció eterno, y á cuya conclusión Bocanegra dió un salto terrible, y se colocó sobre la blanca piedra de mármol que guarnecía la mesilla.

Ya no era posible tener esperanza. Mi última hora llegaba de un momento á otro. Si yo gritaba, moría. Si continuaba callado, Bocanegra se comía *todo ó parte de aquello* que colgaba de la escarpia; ¡de *aquello* que era mío, exclusivamente mío, y sin lo que yo no podía vivir!

Entonces, como sucede siempre en las grandes tribulaciones, acudí á la Divina Providencia para que me salvara; ofrecí yo no sé cuántos gatos de cera y cuántas cosas parecidas á *aquella* que tanto me interesaba, también de cera, ó de lo que se estilara, aunque costase mucho. Recé, yo recuerdo que recé con un fervor y una fe como no he rezado en mi vida. La verdad es que el trance no era para menos. Pero ¡nada!... La Divina Providencia no quiso escucharme, ó no llegaron oportunamente hasta Bocanegra las órdenes celestes, para que se retirara y desistiese de sus propósitos. Ello es que, puesto ya sobre la mesilla, se sentó pausada y ceremoniosamente, y acercó su nariz, por cuyas anchas ventanas salía una respiración ardiente, que llegaba hasta mi cerebro y me desvanecía: acercó, repito, su nariz á aquel *objeto*, objeto de todos mis pensamientos.

Mas por fortuna mía, Bocanegra permaneció un momento con la boca cerrada, y se contentó con olfatear, ya de cerca, y con verdadera sensualidad, aquel manjar que la casualidad le ofrecía.

—¡Quién sabel...—pensé con mucho cuidado para no morir-me, y sintiendo todavía un rayo de esperanza; y le llamo rayo, porque parece que hemos convenido en que las últimas dosis de esperanza vienen en forma de rayos.—¡Quién sabe—pensé en aquel momento—si á Bocanegra no le gustará *eso*, y aunque sea algo depresivo y humillante para mí el no gustarle, tal vez por dicha casualidad me encuentre libre de sus garras y de sus fauces!

Todas estas consideraciones pasaron rápidamente por mi pensamiento, mientras Bocanegra continuaba *oliéndome* y sin decirse.

Entonces, y en medio de la angustia y de la fiebre que me consumían y aniquilaban, oí, aunque lejanas, voces que se acercaban, ó me pareció que se acercaban, á mi cuarto.

Conocí entre ellas, aunque vagamente, las de mis hermanos y la del doctor Lejía. Mi corazón se ensanchó de repente; la esperanza volvió á nacer confiada y tranquila en mi atribulado espíritu. ¡Sí... eran ellos... ellos, que volvían con la caldera!... ¡Estaba salvado!

Clavé la vista en la puerta de la habitación, y esperé... esperé, con una ansiedad inexplicable.

De pronto, un ligero rumor me hizo volver los ojos hacia la mesilla de noche. Miré, y... ¡ay! ¡no quiero pensarlo!... Bocanegra, sin consideración ni respeto á los nueve años que había vivido en mi casa, en calidad de huésped con asistencia, acababa de abrir la boca, y comenzaba á *cenárseme*. No pude más; di un grito, un espantoso grito, pidiendo ¡socorro! y... me morí.

Un momento después de haber fallecido, oí una voz conocida que me decía:

—Señorito, el chocolate.

Abrí los ojos, y me encontré con mi criado. Recuerdo que aquella mañana me supo perfectamente; el chocolate, quiero decir. ¡Ay! Todo había sido un sueño; pero á nadie se lo deseo, porque fué de los más terribles que he tenido en mi vida.

CONSTANTINO GIL.

¡BASTA!

Yo sentía en mi pecho sagrado impulso y el corazón, sediento de algo sublime, pálido por la fiebre, de amor convulso, tendí la mano al arpa que errante pulso... ¡Un pedazo del alma que eterno gime!

Desde entonces mi vida cantar ha sido; canté á la Maritornes que el suelo barre, canté al poeta alado que alegra el nido, y al aguador, y al sastre, que es un perdido... ¡Yo he cantado en el mundo más que Gayarrel!

De niño ya sabía perfectamente los versos del hermoso Núñez de Arce, y encontraba un misterio grandilocuente en las dulces miradas que por Oriente la virgen de la aurora tímida esparce.

He buscado á la gloria varios caminos... He puesto á los cajistas en mil aprietos, porque no comprendían mis desatinos... ¡Dios sabe en cuántas tiendas de ultramarinos habrán envuelto especias con mis sonetos!

¡Ah, malhaya, malhaya cuando fecundo sentí bullir el arte por vez primera, y ávido del misterio de lo profundo, preludiando cantares, volé á otro mundo con las alas de fuego de la quimera!

Hoy es toda la causa de mi quebranto aquel inexplicable, vago deseo, aquel continuo sueño de luz y encanto... ¡Cuánto lo siento ahora, señores, cuánto! ¡Caramba si me pesa! ¡Pues ya lo creo!

Comprendo, aunque me dieron mil sinsabores, la razón con que entonces se me reñía siempre que me encontraban los profesores escribiendo con lápiz coplas de amores en mi antiguo cuaderno de Geometría.

Ahora también comprendo tuvieron base las burlas de un muchacho que, en mi locura, me sorprendió leyendo frase por frase, el día que explicaron la luz en clase, en un rincón del claustro, *La Selva Oscura*.

¡Ah! desde que supieron que ilusionado corría tras la gloria, tenaz, resuelto, ¡qué desgraciado he sido! ¡qué desgraciado! Cogiendo las chinitas que me han tirado es como únicamente las he devuelto.

Algunos me animaban con su cariño; otros, por el contrario, con ligereza,

al notar de mis coplas el desaliño, «Es un niño—decían—no más que un niño que tiene pajaritos en la cabeza.»

Y desde que supieron que iba al Parnaso, las rubias y morenas, siempre tan finas, si les hacía el oso—pongo por caso—me daban calabazas al mes escaso, porque tomaban celos de las ondinas.

Luego, la necia charla de algún coplero que escribe disparates, tenaz me agobia para que se los juzgue, ¡qué majadero! ¡Yo creo que no hay sastre ni zapatero que no me pida versos para su novia!

Ven un soneto y dicen con entereza: «Esta décima, amigo, vale un tesoro.» «Continúe escribiendo, que bien empieza.» «Sáqueme usted unos versos de su cabeza para doña Francisca de Valdemoro.»

Si han de ser los que escriben unos peleles con los que todos juegan á su capricho, si á ese precio se compran esos laureles, ¡maldigo ya de versos y de papeles! renuncio á ser poeta. Nada, lo dicho.

Los que á mis poesías son siempre adversos, los que, pidiendo coplas, roban mi calma, los que me las envían, ¡jentes perversos! ya lo saben ustedes, no hago más versos. ¡Al primero que venga le rompo el alma!

JOSÉ DE DIEGO.



Se anuncia la aparición del segundo tomo de *La Regenta*, la preciosa novela de *Clarín*, que tanto gusto ha dado á los señores.

Y apropósito: el primer tomo se está traduciendo al inglés, editado con todo lujo por una casa de Boston.

Sr. D. Leopoldo, ¡sea enhorabuena!

Pero, vamos á ver, ¿cuándo se levanta esa prohibición de publicar en voz alta los periódicos?

Porque nos está perjudicando grandemente y... no veo el motivo.

Como que el tal bando es una de las tonterías más grandes que registra la historia.

Por supuesto, estoy viendo que nos va á suceder lo que con el sellito de guerra.

Que no se quita ni á tres tirones.

Siempre los empleados de correos quitándome los números á miles. ¡Malditos zascandiles!

Un caso, dos casos, tres casos... mucha gente que se las guilla, una lista muy larga en la *Gaceta*, infinidad de precauciones, y á todo esto sin parecer por aquí

el cólera morbo-asiático del peor que se conoce.

Siempre que mudo de casa me pongo á considerar, las vueltas que da mi mundo y las que tiene que dar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. R.—Madrid.—Aquello es perfectamente denunciabile, y supongo que no tendrá V. afición á la Carcel-modelo.

Sr. D. Z. Z.—Bilbao.—¡Malísimos! ¡Improvisados, eh?

Sr. D. H. G.—Palencia.—Sí, señor.

Sr. D. F. A.—Salamanca.—¡Jesús, María y José! ¿Qué mal poeta es usted!

Sr. D. R. A.—Madrid.—Los epigramas están muy bien escritos, es decir, en una hermosísima letra. Pero nada más.

Sr. D. A. E.—Madrid.—Efectivamente, no se había recibido; tiene algunos defectos, que resaltan más por ser corta. Lo siento, porque no lo hace V. mal.

MADRID, 1885.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa Libertad, 16 duplicado, bajo

EN LA PLAYA



¡Pues no dice la señora
que la molesto si fumo!
¡A ver si se queja ahora
de que la incomoda el humo!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, pral.
DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchetas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público la dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES

DEL

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

AL POBRE DIABLO

14, DESENGAÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELLULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son *irrompibles*. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Ferra, Carmen, 1

COMPañÍA COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA CHOCOLATES ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO

DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengaño, 14, y Carbón, 7 — MADRID

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con perfección y economía.